

La Escalera

Juanito Gutiérrez

@juanitogutierrez_

En mí encontré muchas violencias. La soledad, que revela el ser de las cosas del mundo cuando estas ya nos han dejado, así me lo mostró. Recordé entonces que desde hace algunos años intentaba, de manera solapada, guardar en un cajón la serie de imágenes violentas que me asaltaban cuando me encontraba hablando tranquilamente con amigas y familiares, siempre mujeres. En mí mente se formaban cúmulos de pinturas grotescas, anticipaciones a mí mismo a las que, con mano cruel, destruía. Me preocupé, verme viendo tales imágenes, que sencillamente no podía controlar, era poco menos que pavoroso. Alrededor de los mismos días, un episodio neurótico se apoderó de mí y cerré el cajón de lo grotesco definitivamente, no sin cierto alivio. Luego de caer en uno y el mismo pozo durante un par de años, volví a observar con mirada ausente el origen de tales violencias y me encontré con la desafortunada epifanía, más bien, ella me asaltó por la espalda y me violó contra una pared, como suelen hacerlo estas cosas: en mí había un desprecio originario por todo lo femenino y aquello que se representa en mi idea de *Una Mujer*: debilidad, pasividad, pequeñez, un cabello largo, el olor dulce, un rostro fino, la piel humectada, lo flácido, unos labios suaves, una vagina, el exceso de ternura, los rodeos, las indirectas, la delicadeza, la pintura en la cara, el color rosa... Algunas de las nociones de lo que soy. En una palabra, odiaba *Una Mujer* dentro de mí, y ¿cómo no hacerlo?, si incluso en la palabra misma parece que se esconde etimológicamente un cierto desprecio señalando “lo aguado, lo blando”.

Si en el fondo despreciamos aquello que somos, me despreciaba, y aquello que me lo recordara era digno de ser destruido, incluso si era yo. Sí, generalmente era yo. Siempre me avergoncé de mi feminidad, de mi delicadeza en las formas, de la manera graciosa y dulce con la que aprendí a relacionarme con el entorno, obligado a jugar el papel de *Un Maricón* porque jamás supe qué otro papel jugar. *Un Maricón*, aquel hombre venido a

menos en tanto se sabe “con alguna maricada”, “dañado” o “desviado”. Pero específicamente, ¿qué está mal en nosotros? ¿De qué camino nos desviamos? Es tristemente evidente: está mal *Una Mujer* dentro nosotros pues nos desvía del camino vertical hacia la hombría, una especie de escalera valorativa. Ahora lo entiendo, *Un Maricón* desprecia lo femenino dentro de él. Un maricón se sabe *Un Maricón* cuando, con pavor, ve *Una Mujer* dentro suyo y puede: o desatenderla desde la negación, despreciándola en mayor o menor medida y caracterizándose lo más masculino que le sea posible, como fingiendo que no es lo que es; o bien puede atenderla plenamente, convirtiéndose en aquello que desprecia y negándose a sí mismo el ascenso hacia una masculinidad (por saberse un poco por debajo, como insuficiente) y buscándola fuera de sí, donde se encuentran *Unos Hombres*. En ambos casos estamos ante un baile de máscaras, un juego de personificación sobre el eje de *La Escalera* en la que nadie es, todos valen: vale más quien más peldaños ha subido, vale más *Un Hombre* que ha comido del sacramento de la hombría, vale más *Un Maricón* o *Una mujer* que se parece a *Un Hombre*.

Todos los *No-Hombres* somos como una fuerza ausente, la anticipación de un combate a muerte, que será inminentemente perdido contra un rival más capaz, que posee una brutalidad latente, dominante e insensible. Tan es así que *Un Maricón* se rindió ante su rival hace muchos años ya, haciéndolo su más íntimo objeto de afecto y deseo. Su interés no es competir por subir *La Escalera* de la hombría por sus propios medios, *Un Maricón* subirá algunos peldaños, pero buscando los brazos de *Un Hombre* que tal vez, y a su manera, se entiende por más hombre que él, porque vale más y, en esencia, se intuye a sí mismo como débil, como a la manera de *Una Mujer*. Ahora, si la hombría es una escalera, ser hombre es un valor. **El hombre no es, el hombre vale.** Si “no se nace mujer, llega una a serlo”, no se nace hombre tampoco, llega uno a

merecerlo. *Una Mujer* no tiene que demostrar constantemente lo mujer que es, simplemente lo es, la sentencia anterior lo dice: se llega a ser en algún momento ya para siempre. *Un Hombre*, por el contrario, debe demostrar día a día qué tan hombre es, siempre está en competencia con un mega-hombre que jamás llegará a ser y, al mismo tiempo, compite con otros que le rodean, todos en una carrera frenética sobre la misma escalera. Así las cosas, *Un Maricón* (en esencia anticipado y autoexigente) entendió que ese no era su lugar, que jamás lograría subir más que contados peldaños, o simplemente que no le interesaba, y casi instintivamente decidió amar aquello que en apariencia le supera. El no-maricón, por el contrario, decidió subir, ascender por sus propios medios, unos (los más patéticos) lo hacen pasivamente, camuflándose entre la masa de la de hombría, aprendiendo qué es lo que se supone que tienen que hacer y poniéndolo ridículamente en práctica. Los otros (los más peligrosos, porque son quienes más temen) inician su ascenso porque, ante la aterradora idea de no valer nada, de no ser *Un Hombre*, violentamente se impostan tan arriba como les sea posible y cumplen, a pesar de sí mismos, aquello que *Un Hombre* debe cumplir, porque, sépase bien, *Un Hombre* no hace lo que quiere hacer un hombre, cumple su deber olvidándose de sí en el camino. Sin embargo, el secreto más profundo de *Un Hombre*, eso que incluso él mismo teme saber, es que no es tan hombre como quisiera ser. Su miedo originario: que lo sepan.

Si hilamos finamente lo dicho, todos los seres humanos somos originariamente *Un Maricón* en tanto poco-hombres. No existe un solo “macho empotrador” (como arquetipo de la punta superior de *La Escalera*) que pueda escapar de su mariconería, es más, su “categoría” se alcanza precisamente mediante un escape desesperado y una impostación brutal sobre sí mismo. Su tal dominación no es más que un medio para evadirse de aquello que niega. *Un Hombre* es el más débil de los “sexos”. Es débil porque no es flexible, su naturaleza no es acuática, es ígnea. Arde en una dirección, bajo ciertas condiciones, y más interesante aún: es fugaz. No se puede ser *Un Hombre* por mucho tiempo, va dejando uno de serlo.

Por otro lado, nada de esto tiene que ver con nacer con pene o con vagina o algo en el medio, nada de esto tiene que ver con que, teniendo pene, vagina o algo en el medio, se guste de los penes, las vaginas, ambos o nada en lo absoluto.

Lo realmente importante es quién decidió subir *La Escalera* por sí mismo, cuelgue o no cuelgue un falo entre sus piernas, aunque por mucho tiempo se haya pensado lo contrario. La hombría es una carrera de representación, como una forma de *drag*, pero más rígida, *Un Hombre* no se viste, *Un Hombre se uniforma*; *Un Hombre* no siente, *Un hombre obedece*; *Un Hombre* no ama, *Un Hombre usa para reafirmarse*, lo único que necesita del amor realmente lo puede suplir un masturbador, otro hombre “inferior” a él o, en forma literal, cualquier objeto. *Un Hombre* tal y como lo hemos bosquejado solo tiene permitido sentir desprecio por *Una Mujer* que él mismo es, tiene un odio originario hacia él mismo que lo lleva a destruir afuera o adentro aquello que implícita o explícitamente refleje la fragilidad de su estructura, que ponga en evidencia su impostura, que siquiera se atreva a insinuar su secreto. Siempre he visto los hombres con cierta lástima. No son nada salvo *Una Niñita* de la que cuidar, necesitados de un amor y un cuidado que ellos mismos no pueden proveer porque lo desconocen. En ese orden de ideas, ser *Un Hombre* es emprender un proyecto de humillación y frustración permanente, es hacerse carne de cañón en un campo de batalla (real o abstracto) en el que el único resultado posible es el sacrificio del ser más propio, morir sin haber vivido.

No creo en resignificar, aunque resignificar sea necesario. Ya estoy dañado y la chamba es tan profunda que sería imposible hacer un manifiesto anticatrices para pretender que tales categorías de ser sean extirpadas de mí o mi entorno. No creo en invertir las escalas valorativas, no creo en salir de un esquema para llegar a otro igual de castrante. En lo único que creo es en la cesación del propio desprecio, creo en la curación por el espíritu, que no es más que una conversación que se entabla con el ser despreciativo que estoy siendo, pero que realmente no soy, y quedar en tablas, observándome, desde mi territorio, pero sabiéndome ya sin posibilidades de ataque y dejar la partida, para jugar a otra cosa. 🏴‍☠️